

## HERNAN CORTES Y LA MAR DEL SUR

**N**O hay exageración en afirmar que el Pacífico —o, si se prefiere, la ruta hacia el Oriente, la realización efectiva del original proyecto colombino— fue la gran empresa de Cortés, la empresa de su vida. No tuvo en ella éxito, no ganó en ella importantes tierras ni tesoros, y es por eso frecuentemente silenciada en las historias, o superficialmente resumida en las biografías, incluso en las debidas a los primeros cronistas, Gómara y Díaz del Castillo. Pero entre sus vicisitudes y fracasos —o tal vez por ello— es ésta una etapa que es necesario seguir con cuidado para conocer al «hombre Cortés».

Y el primer dato es, precisamente, este: que en nada puso Cortés tanto empeño como en la exploración del Pacífico, nada le pareció tan importante como reconocer sus costas o surcar sus aguas esperando hallar nuevos reinos que conquistar, tierras productoras de metales preciosos, islas abundantes en las codiciadas especias. A esta actividad consagró el extremeño casi una veintena de años, cuando a su gesta mexicana le dedicó dos. Y él mismo ponderaría que lo que esperaba realizar y encontrar en la Mar del Sur sería mucho más importante que lo de México y que todas las Indias.

Cabe al mismo tiempo suponer que esta resuelta orientación de Cortés hacia las empresas navales en el Pacífico fuera, en muy gran medida, un modo de compensar su frustración al verse despojado

del gobierno de la Nueva España por él ganada, maltratado por los nuevos rectores del territorio, y más tarde acosado por funcionarios dispuestos a reducir su marquesado a la mínima expresión... Frente a toda esta ciega ingratitud, la Mar del Sur se le ofrecía como el campo en que él podría volver a demostrar, y mejor que antes, que él era, sin discusión, el mejor vasallo del emperador.

En 1527, cuando despachaba la Armada de Alvaro de Saavedra al Maluco, al rey de Tidor y al rey de Cebú, escribió una carta dirigida al rey de la isla o tierra donde llegasen las naves. Esa carta comienza con estas palabras: «Universal condición es de todos los hombres desear saber.»

Esta proposición, formulada en términos tan generales, propia del pensamiento clásico, ¿expresará particularmente la condición del espíritu del descubridor y conquistador extremeño?

De ser así, Hernán Cortés, que no halló su camino en las aulas de Salamanca, que no parecía llamado a la especulación filosófica o jurídica, nos habría revelado el afán de conocimiento, de encontrar cosas nuevas, que lo había llevado a la Antillas primero, a Tenochtitlán después y, finalmente, acudiendo en persona o enviando agentes, a Guatemala y las Hibueras, a las costas del Mar del Sur o a las inmensidades vacías de este mismo mar. Es la inquietud descubridora del explorador.

«Universal condición es de todo los hombres desear saber.» Sí; pero en el caso de Cortés, de un saber práctico, de revelar lo que está material y oculto. De saber qué es lo que hay más adelante, o más allá; dónde termina esta tierra, o qué habrá en la orilla de este mar, o cómo y por dónde se podrá pasar de una a otra parte.

Penetrar en lo desconocido, desvelar, descubrir, ampliando los conocimientos geográficos de su época. Cortés utiliza una expresión insuperable: «saber el secreto».

Pero saber el secreto no sólo por satisfacer ese natural deseo de conocimiento, esa tendencia natural del entendimiento a la verdad, lo cual bastaría para cubrir un propósito científico, sino porque todo saber es una fuente de poder y de riqueza.

En Cortés —como en Colón— no hay vacilaciones acerca de esto. Se trata de extender la dominación a nuevos países, de abrir nuevas rutas al comercio, de tener acceso allí donde se puedan obtener metales preciosos, perlas, especias.

Por eso Cortés no escatima calificativos para ponderar ante la Corona la importancia de los hallazgos ya hechos o la trascendencia de la búsqueda que tiene en proyecto, y eso justifica las grandes inversiones y los esfuerzos de todo tipo que se van a realizar para continuar las exploraciones más allá del «imperio azteca».

En una sola carta, de 1522, pondera reiteradamente Cortés al Emperador el haber descubierto la costa de la Mar del Sur por tres partes, «lo cual —dice— puede V. A. tener por uno de los más señalados servicios que en las Indias se han hecho» y que «para descubrir y saber todo el secreto que sin duda, según la noticia que tenemos, se han de hallar maravillosas cosas, he comenzado a hacer cerca de la costa... navíos y bergantines»; y una frase refuerza todavía la impresión que Cortés quiere llevar al ánimo de don Carlos: «Este negocio es de tanta importancia que es mucha razón que V. A. lo tenga en más que a todo el resto de las Indias»<sup>1</sup>.

La tarea descubridora es, pues, un negocio, y un negocio muy importante, que requiere el concurso de diversos factores, desde la atribución de facultades y la asignación de recompensas según las oportunas capitulaciones, hasta el desembolso de fuertes sumas de dinero y la movilización de considerables recursos humanos que proporcionen no sólo la fuerza física, sino el empleo de otros saberes —el de la construcción naval, el de la navegación astronómica— que permitan vencer los obstáculos que a la exploración ofrecen la tierra y el mar.

Hernán Cortés será no sólo el caudillo que guíe a su hueste a la victoria, y el político capaz de captar aliados y dividir a sus adversarios, sino el promotor o empresario de numerosas empresas de diverso tipo a lo largo de dos décadas. Empresas que han permitido

---

<sup>1</sup> Cortés a Carlos V, 15 mayo 1522. En *Hernán Cortés. Cartas y documentos*. Ed. Mario Hernández Sánchez-Barba. (México, Porrúa, 1963), pág. 440.

hablar del «Cortés colonizador», introductor en Nueva España de especies vegetales y animales, del cultivo de la morera y la producción de seda, del cultivo de la caña y la producción de azúcar y, por supuesto, fundador de núcleos que van asegurando en los primeros tiempos la sumisión del territorio a la monarquía española <sup>2</sup>. Pero puede afirmarse que todos estos empeños tienen, en la mente de Cortés, sentido sólo como medio para otra empresa más alta que estas otras han de hacer posible, consumiendo los tributos de sus encomiendas y los frutos de sus tierras e industrias: la de progresar en las exploraciones más al Sur, al Oeste y al Norte del México ya conquistado.

Y «este negocio es de tanta importancia que es mucha razón que V. A. lo tenga en más que a todo el resto de las Indias». Así lo escribe el extremeño cuando aún no se ha cumplido un año de su porfiada y brillante conquista de México, en la que va a ser considerada como la acción modélica del más esclarecido de los capitanes españoles en Indias. Pero el mismo Cortés resta valor a aquel logro. México, con ser tan valioso, no es para él sino la etapa obligada en el camino hacia lo que haya más adelante, sea lo que fuere; el trampolín desde donde saltar a otras tierras no conocidas; y, desde luego, una reserva aparentemente inagotable de recursos que poner a contribución para alcanzar el éxito en este más ambicioso proyecto.

Toda empresa tiene una idea generatriz y una voluntad ejecutora. Hernán Cortés concibió esta idea y puso a su servicio su misma energía indomable, apoyada por una excepcional inventiva y una tenacidad a toda prueba, que le hará perservar por encima de resistencias, obstáculos, vicisitudes y fracasos durante casi veinte años.

Cortés promueve, desde **1521**, sencillamente la ampliación de México, el hallazgo de otro México, la anexión de todo lo que desde México pudiera ser descubierto. Como empresario, además de plantear la idea, dispone los medios para su realización, aunque esto implique la localización de puertos en el Pacífico, la fundación de po-

---

<sup>2</sup> Un ejemplo de las diversas actividades promovidas por Cortés puede verse en Riley, G. Michael: *Fernando Cortés and the Marquesado in Morelos, 1522'-1547*. Albuquerque, Unive. of New México, 1973.

blados y la instalación de astilleros allí, la construcción de dos docenas de embarcaciones, el acarreo desde muy grandes distancias (y, en general, a espaldas de indios) no sólo de las maderas para los navíos, sino de todos los pertrechos navales que había que recibir de Europa; la apertura de caminos al efecto, la recluta de artesanos y gente de mar y de guerra y el abastecimiento y despacho de sucesivas expediciones, desde los puertos mexicanos, en todas direcciones. Y Cortés se agita incesantemente dando disposiciones, contratando hombres, adquiriendo suministros y armas, recorriendo los lugares donde se realizan los preparativos, poniéndose personalmente en ocasiones al frente de una expedición...

Esta titánica empresa, de coste económico y humano verdaderamente incalculable, consumió la mejor y más larga etapa de la existencia de don Hernando, y éste parecía tenerle más estimación y considerarla más suya que la de la conquista del Anáhuac, que le había proporcionado riquezas sin cuento, honores oficiales, vasallos, título de nobleza, entronque con la aristocracia castellana y la fama del héroe.

Pero en la perspectiva del propio Cortés la gesta de México no es la culminación de su obra, como entiende la Historia, sino el comienzo de ella. Convertido en señor, y aun en gran señor, no ha de gustar el disfrute merecido de la regalada vida cortesana en España, ni en México, sino que como «hombre de empresa» se propone nuevos objetivos, dignos de él por su grandeza, que den sentido a su vida y que constituyan nuevo servicio a la Corona, porque, como él mismo escribe: «He sufrido hartos trabajos tan sin comparación y no por codicia de tesoros, que si esto me hubiera movido, pues he tenido hartos, digo, para un escudero como yo.» «La verdad es que si yo pospusiera lo que debía al servicio de V. M. por seguir tras mi interés, que había harta disposición en esta Nueva España, sin entrometerme en descubrimientos y sujeción de tierras»<sup>3</sup>.

La fortuna no correspondió, sin embargo, ahora a la medida de sus continuados esfuerzos como lo había hecho en la ocasión mucho más breve e intensa del momento estelar de 1519 a 1521, y por eso la Historia silencia en general la etapa más empeñosa de su vida.

---

<sup>3</sup> Quinta carta, 3 septiembre 1526. *Cartas y documentos*, cit., págs. 318 y 323.

Pero la actividad cortesiana no dejó tampoco de rendir frutos de diversa índole, además de haber hecho aflorar aspectos de la personalidad de Cortés que de otro modo hubieran quedado inéditos.

La primera fase de los esfuerzos de Cortés para ampliar su conquista tiene lugar entre 1521 y 1528. Son esfuerzos perseverantes, pero interrumpidos o frustrados intermitentemente por los problemas internos de su gobierno de Nueva España: la cuestión de Pánuco, la expedición de las Hibueras, los conflictos con los Oficiales Reales y luego con la primera Audiencia... Los objetivos de Cortés en esta fase son claros, aunque planteados de forma sumamente vaga y ambiciosa: encontrar buenos puertos y buscar el paso o estrecho que enlace al Mar del Norte con el del Sur y, por tanto, permita navegar desde España hasta la Especiería directamente. Quería encontrar puertos en la Mar del Norte, y por eso se interesa por Pánuco (Santisteban del Puerto) y por Coatzacoalcos (Espíritu Santo), porque no le gustaba el único e incómodo puerto de Veracruz. Pero, sobre todo, envía a explorar las costas de la Mar del Sur, y con éxito, como narra en su tercera carta (15 de mayo de 1522) : «Como yo de poco acá tenía alguna noticia de la mar del Sur, informéme también de ellos (los michoacanos) si por su tierra podían ir allá, y ellos me respondieron que sí», «y estaba muy ufano porque me parecía que en la descubrir (la Mar del Sur) se hacía a Vuestra Majestad muy grande y señalado servicio, especialmente que todos los que tienen alguna ciencia y experiencia en la navegación de las Indias han tenido por muy cierto que descubriendo por estas partes la Mar del Sur se habían de hallar muchas islas ricas de oro y perlas y piedras preciosas, especería, y se habían de hallar otros muchos secretos y cosas admirables».

Envió a varios españoles por otros rumbos, con guías amigos. «Y yo les mandé que no parasen hasta llegar a la mar y que en descubriéndola tomasen la posesión real y corporalmente en nombre de Vuestra Majestad».

Cuando el mar es efectivamente hallado, Cortés se dispone en seguida a navegarlo: «Como Dios Nro. Sr. encaminaba bien esta negociación e iba cumpliendo el deseo que yo tengo de servir a Vuestra Majestad en esto de la Mar del Sur, por ser cosa de tanta im-

portancia, he proveído con mucha diligencia que en la una de tres partes por do yo he descubierto la mar se hagan dos carabelas medianas y dos bergantines; las carabelas para descubrir y los bergantines para seguir la costa; y para ello he enviado con una persona de recaudo bien cuarenta españoles en que van maestros y carpinteros de ribera, y aserradores, y herreros, y hombres de la mar; y he proveído a la villa por clavazón y velas y otros aparejos necesarios para los dichos navíos y se dará toda la prisa que sea posible para los acabar y echar en agua; lo cual hecho, creo Vuestra Majestad que será la mayor cosa y en que más servicio redundará a V. M. después que las Indias se han descubierto»<sup>4</sup>.

He aquí narrada la fundación de la villa de Zacatula, primer astillero mexicano en el Pacífico, con los hombres que ya habían construido los bergantines utilizadas en el asedio de Tenochtitlán. Pero además del de Zacatula ya eran conocidos los puertos de Acapulco y Tehuantepec, que serán poblados más tarde.

Con estas nuevas del descubrimiento del Mar del Sur desde México comienza Cortés a formular peticiones, a través de sus apoderados, para que se le concediese expresamente esa exploración.

La capitulación correspondiente tardará años en lograrla. Lo que sí recibe ahora es su nombramiento de Gobernador y Capitán General y, al año siguiente, unos encargos muy importantes, contenidos en las instrucciones que don Carlos y doña Juana dieron al conquistador sobre tratamiento de los indios y recaudo de la Real Hacienda (26 de junio de 1523). Se le pide que busque el estrecho entre los dos mares y que investigue los grandes secretos que debe de haber

---

<sup>4</sup> Tercera carta, 15 mayo 1522, *ibid.*, págs. 190-191 y 199. Sobre la fundación y primeros tiempos de los puertos utilizados por Cortés en el Pacífico, vid. Sevilla del Río, Felipe: *Breve estudio sobre la Conquista y fundación de Colimán*. México, Peña Colorada, 1973; Sauer, Carl: *Colima de la Nueva España*. México, Jus, 1976; Gardiner, C. Hervey: *Naval Power in the Conquest of Mexico*. 2.a ed., New York, Greenwood Press, 1969; Alessio Robles, Vito: *Acapulco en la Historia y en la leyenda*. Mé-xico, 1932; Oteiza Iriarte, Tomás: *Acapulco: la ciudad de las naos de Oriente y de las sirenas modernas*. S. L., 1965; Moorhead, Max I.: *Hernán Cortés and the Tehuantepec Passage*. "Hispanic American Historical Review", XXIX (ag. 1949), págs. 370-379; Sandoval, Fernando B.: *El Astillero del Carbón en Tehuantepec*. "Boletín del Archivo General de la Nación", XXI-1 (1950), págs. 1-20; Borah, Woodrow: *Early Colonial Trade and Navigation betuneen Mexico and Peru*. Berkekely, Univ. of California, 1954.

már adentro, a la parte sur de Nueva España: «Y porque soy informado que en la costa abajo de esa tierra hay un trecho para pasar del mar del Norte a la mar del Sur, e porque a nuestro servicio conviene mucho saberlo, yo os encargo y mando que luego con mucha diligencia procuréis de saber si hay el dicho estrecho y enviéis personas que lo busquen y os traigan larga y verdadera relación de lo que en ello se hallase, porque como veis esto es cosa muy importante a nuestro servicio. Asimismo soy informado que hacia la parte del Sur de esa tierra hay mar adentro en que hay grandes secretos y cosas de que Dios Nro. Sr. será muy servido y estos reinos acrecentados, yo os mando y encargo que tengáis cuidado de enviar personas cuerdas y de experiencia para que los sepan y vean la manera dello e os traigan la relación larga y verdadera de lo que hallaren, la cual así mismo me enviaréis continuamente todas las veces que me escribiéredes»<sup>5</sup>

Estos encargos caen en terreno abonado. Si en su Tercera Carta hablaba Cortés de islas ricas de oro y perlas y piedras preciosas, y especiería, en la Cuarta (15 de octubre de 1524) narra que los españoles que acaban de someter el territorio de Colima han traído noticia de la existencia de una isla de mujeres, sin varón alguno, que se hallaría a diez jornadas de aquella costa, y sería muy rica en perlas y oro, y cuya indagación se encargó entonces a Francisco Cortés.

Aquí, envuelta en el mito de las Amazonas, parece hallarse la primera oscura referencia al territorio que luego será llamado —no por Cortés— isla o península de California, en la Mar del Sur.

Cortés apresuraba, con enorme coste, la fabricación de cuatro embarcaciones en Zacatula, tarea entorpecida por un incendio sufrido en los astilleros. Todos los suministros habían de llegar de Castilla y luego ser conducidos por tierra más de 200 leguas hasta el Pacífico. Pero estas naves deberían navegar aquel verano de 1524:

---

<sup>5</sup> Instrucciones de Carlos V y la reina Juana a Cortés, Valladolid, 26 junio 1523. *Cedulario indiano de Diego de Encinas*. Ed. Alfonso García Gallo (Madrid, 1946), IV, págs. 247-252; *Cedulario cartesiano*. Ed. Beatriz Arteaga García y Guadalupe Pérez Sanvicente (México, Jus, 1949), doc. 7, págs. 51-64); Cortés, *Cartas y documentos*, páginas 585-592.



«Tengo en tanto estos navíos que no lo podría significar; porque tengo por muy cierto que con ellos, siendo Dios Nro. Sr. servido, tengo de ser causa que Vuestra Cesárea Majestad sea en estas partes señor de más reinos y señoríos que los que hasta hoy en nuestra nación se tiene noticia; a El plega encaminarlo como El se sirva y Vuestra Cesárea Majestad consiga tanto bien, pues creo que con hacer yo esto no le quedará a Vuestra Excelsitud más que hacer para ser monarca del mundo» <sup>6</sup>.

Sin embargo, no es esto lo único que embarga su mente. También está entonces preparando la entrada de Alvarado, desde Soconusco, a la conquista de Guatemala, y al mismo tiempo se apresta una flotilla en Veracruz con la que Cristóbal de Olid habría de ir a explorar y poblar en el cabo de Hibueras y, además, a buscar por allí el estrecho entre los dos océanos, lo que justifica: «Así porque tengo mucha información que aquella tierra es muy rica, como porque hay opinión de muchos pilotos que por aquella bahía sale estrecho a la otra mar, que es la cosa que yo en este mundo más deseo topar, por el gran servicio que se me representa que de ello Vuestra Cesárea Majestad recibiría.» Por eso encarga a los de Olid «correr toda la costa de la bahía de la Ascensión en demanda de aquel estrecho que se cree que en ella hay, y que estén allá hasta que ninguna cosa dejen por ver».

Y todavía no se conforma con esto, sino que proyecta, al mismo tiempo, enviar otros exploradores, 3 carabelas y 2 bergantines a recorrer la costa del mar del Norte hasta la Florida y, más allá, hasta Terranova o los Bacalaos, a buscar igualmente el Estrecho que permitiría a las naves españolas ir y venir del Maluco en poco tiempo y sin tocar tierras de otra dominación: «Como tengo continuo cuidado y siempre me ocupo en pensar todas las maneras que se puedan tener para poner en ejecución y efectuar el deseo que yo al real servicio de Vuestra Majestad tengo, viendo que otra cosa no quedaba para esto sino saber el secreto de la costa que está por descubrir entre el río Pánuco y la Florida, que es lo que descubrió el adelantado Juan Ponce de León, y de allí, la costa de la dicha Florida por la parte del Norte, hasta llegar a los Bacallaos, porque se

---

<sup>6</sup> Cuarta carta, 15 octubre 1524. Cortés, *Cartas y documentos*, pág. 229.

tiene cierto que en aquella costa hay estrecho que pasa a la mar del Sur y se hallase, según cierta figura que yo tengo del paraje adonde está aquel archipiélago que descubrió Magallanes por mandado de Vuestra Alteza, parece que saldría muy cerca de allí, y siendo Dios Nro. Sr. servido que por allí se topase el dicho estrecho, sería la navegación desde la Especiería para esos reinos de Vuestra Majestad muy buena y muy breve; y tanto que sería las dos tercias partes menos que por donde ahora se navega, y sin ningún riesgo y peligro de los navíos que fuesen y viniesen, porque irían siempre y vendrían por reinos y señoríos de Vuestra Majestad, que cada vez que alguna necesidad tuviesen se podrían reparar sin ningún peligro en cualquier parte que quisiesen tomar puerto como en tierra de Vuestra Alteza».

Más aún, en esta exploración participarían los navíos contruïdos en Zacatula, que serían despachados también a buscar el estrecho hacia el Sur, hasta enlazar, si fuera preciso, con la tierra descubierta por Magallanes (es decir, con la Tierra de Fuego): «Así mismo pienso enviar los navíos que tengo hechos en la Mar del Sur, que queriendo Nro. Sr. navegarán en fin del mes de julio de este año de 1524 por la misma costa abajo en demanda del mismo estrecho; porque si lo hay no se puede esconder a estos por la Mar del Norte; porque estos del Sur llevarán la costa hasta hallar el dicho estrecho o juntar la tierra con la que descubrió Magallanes, y los otros del Norte, como he dicho, hasta la juntar con los Bacaliaos. Así por una parte y por otra no se deje de saber el secreto.»

«Certifico a Vuestra Majestad que según tengo información de tierras la costa del mar del Sur arriba, que enviando por ella estos navíos yo hubiera muy grandes intereses y aun Vuestra Majestad se sirviera; mas como yo sea informado del deseo que Vuestra Majestad tiene de saber el secreto de este estrecho y el gran servicio que en le descubrir su real corona recibiría, dejo atrás todos los otros provechos e intereses que por acá me estaban muy notorios por seguir este otro camino. Nuestro Señor lo guíe como sea más servido y Vuestra Majestad cumpla su deseo, y yo así mismo cumpla mi deseo de servir» <sup>7</sup>.

---

<sup>7</sup> Ibídem, págs. 214, 225 y 233-234.

1524 es, como se ve, año de ingentes esfuerzos y enormes esperanzas para Cortés. Esperanzas que no se lograrían en gran parte: al final de esa Cuarta Carta dice que ha sabido que su subordinado Olid, enviado por mar a las Hibueras, se ha concertado en Cuba con Diego Velázquez, «raíz de todos los males».

La insubordinación de Olid marca una grave inflexión en el curso de los planes de Cortés. El propio D. Hernando marchará personalmente por tierra a las Hibueras, empresa que lo absorbe durante año y medio, dejando en suspenso sus proyectos de la Mar del Sur y conociendo los hombres y barcos que tenía dispuestos para la expedición a «los Bacalaos» en la Mar del Norte.

Al término de aquella desastrosa empresa de las Hibueras, una cosa sí quedaba clara: no había estrecho a través de América Central, en el Golfo de Honduras, por donde se había presentado.

Entonces, apenas regresado a México, la armada que se preparaba en el Pacífico, adquiere renovada importancia a sus ojos. Es el instrumento que le queda para lograr algún éxito resonante, y no ya buscando el Estrecho, sino alcanzando desde México directamente la Especiería y comprometiéndose personalmente a conquistar aquella región del mundo, como dice en su Quinta Carta (3 de septiembre de 1526): «Yo espero en Nro. Sr. que en ventura de Vuestra Majestad tengo de hacer en este viaje un muy gran servicio, porque ya que no se descubra estrecho, yo pienso dar por aquí camino para la Especiería, que en cada año Vuestra Majestad sepa lo que en toda aquella tierra se hiciere. Y si Vuestra Majestad fuese servido de me mandar conceder las mercedes que en cierta capitulación envié a suplicar se me hiciesen cerca de este descubrimiento, yo me ofrezco a descubrir por aquí toda la Especiería y otras islas si hubiere arca de Maluco y Malaca y la China, y aun de dar tal orden que Vuestra Majestad no haya la Especiería por vía de rescate como la ha el rey de Portugal, sino que la tenga por cosa propia y los naturales de aquellas islas lo reconozcan y sirvan como a su rey y señor natural. Porque yo me ofrezco, con el dicho aditamento, de enviar a ellas tal armada o ir yo con mi persona, por manera que las sojuzgue y pueble y haga de ellas fortalezas y las abastezca de pertrechos y artillería de tal manera que a todos los príncipes de aque-

llas partes, y aun a otros, se puedan defender... y ofrezco que si como he dicho no fuere, Vuestra Majestad me mande castigar como a quien a su rey no dice verdad»<sup>8</sup>.

En aquel momento, sus operaciones en la costa del Pacífico abarcaban desde 130 leguas al norte de Colima, hasta Zacatula, Acapulco —donde se decía que había mejor puerto— y Tehuantepec, el «astillero del Carbón», que ahora pasa a convertirse en principal astillero de Cortés, debido a hallarse situado en la contracosta de Coatzacoalcos, lo que hacía posible que todos los pertrechos navales pudiesen ser conducidos en canoas a través del istmo, remontando el río y salvando rápidos y cataratas, hasta la divisoria de aguas, a sólo veinte leguas de Tehuantepec, que eran franqueadas utilizando porteadores indios. A finales de 1526 ya se aprestaban aquí tres o cuatro embarcaciones.

Y entonces se produjo un hecho inesperado. La arribada a Tehuantepec de una nave perdida, separada de la armada de Loáisa, segunda gran expedición que, después de la de Magallanes, se dirigía a las Molucas a través del Pacífico<sup>9</sup>.

Tampoco podía suponer Cortés que ya para entonces se había expedido desde Granada la cédula de 20 de junio de 1526, donde dice el emperador: «He visto que por vuestras cartas relaciones que habéis enviado hacéis memoria de las cuatro carabelas o bergantines que teníades hechos y echados al agua en la costa del Mar del Sur». Y a continuación le ordena que envíe dos carabelas, o una carabela y un bergantín hacia el Maluco para encontrar y socorrer a los posibles supervivientes de la armada de Magallanes, a la gente de Loáisa, e incluso a la de Sebastián Caboto, que se había detenido en el Río de la Plata, pero al que se suponía navegando también por el Pacífico.

Con esto, Cortés, que no había logrado su capitulación, recibía sin embargo un mandato expreso para llevar a cabo, al servicio del rey, el contacto entre México y el Maluco.

---

<sup>8</sup> *Ibidem*, pág. 320.

<sup>9</sup> *Ibidem*, pág. 324.

Este será el origen de la expedición que Cortés puso a cargo de Alvaro de Saavedra y Cerón, con tres embarcaciones, cuya calidad y pertrechos Cortés ensalza, que saliendo de Sihuatanejo el jueves 31 de octubre de 1527, hicieron, en efecto, la travesía del Pacífico, pero jamás volvieron a Nueva España <sup>10</sup>.

Cortés, que había encargado a Saavedra tomar posesión de las islas y tierras que hallase, esperaba recibir de Oriente las plantas productoras de especias, con las instrucciones para su cultivo. Pensaba, sin duda, aclimatarlas en México. Aprestaba, además, otros tres navíos en Tehuantepec, para despacharlos inmediatamente como refuerzo a Saavedra, pero entonces la oposición de la Audiencia que había asumido el gobierno de México le obligó a desistir.

Su situación en el país se había tornado sumamente incómoda, a pesar de que ahora era ((Adelantado» con carácter vitalicio, y se le había concedido el uso del «Don», el hábito de caballero de Santiago y escudo de armas. En consecuencia, Cortés optó por venir a España para ventilar directamente con el emperador su situación y sus proyectos. Con esto se cerraba la primera fase de sus empresas tras la toma de Tenochtitlán.

La estancia de Cortés en España, entre 1528 y 1530, que le supuso contrariedades y honores —entre ellos, el título de marqués del Valle— significó, sobre todo, la concreción de sus planes a la exploración del Mar del Sur, con título que ahora se le concede de «capitán general de toda la Nueva España y provincias y costas del Mar del Sur» (Zaragoza, 1 de abril de 1529) y con asiento y capitulación solemne firmada por la reina en Madrid el 27 de octubre de 1529 <sup>11</sup>.

La capitulación parece abrir a Cortés una segunda oportunidad como la de la conquista del Anahuac. Allí se le autoriza a descubrir,

---

10 R. C. Granada, 20 junio 1526, *ibídem*, págs. 593-594. Romero Solano, Luis: *Expedición cortesiana a las Molucas, 1527*. México, Sociedad de Estudios Cortesianos, 1950; Sáenz de Santa María, Carmelo: *Cortés y Alvarado en busca de la Especiería*, en *El Tratado de Tordesillas y su proyección* (Valladolid, 1973; 2 vols.), I, págs. 211-227.

11 "Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística", 1.a época, tomo V (México, 1857), págs. 325-332; Fuga, Vasco de: *Provisiones, cédulas instrucciones para el gobierno de la Nueva España* (México, 1563; reimpr. Madrid, Cultura Hispánica, 1945), fol. 36v-37.

conquistar y poblar, siempre a su «costa e minción», cualesquier islas y tierra firme en la Mar del Sur, hacia el Poniente de Nueva España, siempre que no sea en territorios pertenecientes a las gobernaciones de Pánfilo de Narváez y Nuño de Guzmán. De todo lo que descubriese y conquistase sería Cortés gobernador y alguacil mayor vitalicio, y además se le concedía, por el tiempo de la real voluntad, la doceava parte de lo descubierto con señorío y jurisdicción en primera instancia.

Con este respaldo regresa Cortés a México, llevando un importante séquito de gente distinguida y también de menestrales y artesanos cuya habilidad se proponía utilizar. Pero los diez años de su vida que comienzan ahora estarán, sin embargo, sembrados de decepciones y amarguras: la Audiencia gobernadora de México le manifiesta franca hostilidad desde su llegada a Veracruz; encontraría semidestruidos sus navíos y astilleros de Tehuantepec; de Nuño de Guzmán, como luego del primer virrey D. Antonio de Mendoza, casi no percibirá otra cosa que una fuerte emulación que revela la codicia que suscitan los territorios que Cortés se disponía a descubrir.

Así no es extraño que, cuando más adelante se dirija al emperador para ponderar los servicios realizados y los daños y agravios recibidos a cambio, recuerde con palabras llenas de emoción las expresiones de afecto y estimación que el monarca le había dirigido: «Otro sí dice que tiene en lugar de reliquias dos cartas que Vuestra Majestad le mandó escribir desde el camino cuando iba a Barcelona a se embarcar para Italia, en una de las cuales le hizo saber lo que mandaba a los del Consejo de Indias que hiciesen con él, así en lo de la contratación de lo del descubrimiento de la mar del Sur y en lo que Vuestra Majestad le hizo, como en todas las otras cosas que le tocaban, mandándoles que en todos ellos tuviesen respeto a su persona y servicios y a la voluntad que Vuestra Majestad tenía de le hacer mercedes, e por la otra mandando que él le sirviese de su capitán general en la Nueva España e prometiéndole que, venida su residencia, se serviría del en todo lo que de antes se había servido, e en todo le haría merced; que por cierto en todos sus trabajos no tiene otro refrigerio ni consuelo sino verlas e leerlas muchas veces y tener por fe que palabra de tan grande e católico príncipe no pue-

de ser quebrada ni dejar de cumplirse, y que con esta esperanza Dios sabe lo que ha sufrido, creyendo lo que dice»<sup>12</sup>.

Durante su segunda estancia en Nueva España, Cortés dispuso cuatro expediciones marítimas hacia el Poniente o hacia el Noroeste, generalmente costeando las tierras continentales.

La primera, despachada en 1532, fue al mando de Diego Hurtado de Mendoza. La segunda, en 1533, estuvo a las órdenes de Diego Becerra. La tercera, en 1535, verdadera serie de navegaciones ya con carácter colonizador, fue dirigida personalmente por el mismo Cortés. La cuarta, la que más había de profundizar al Norte, entre 1539 y 1540, fue mandada por Francisco de Ulloa. A éstas convendría añadir tal vez la enviada en 1536 al Perú, al mando de Hernando de Grijalva, uno de cuyos barcos cruzaría desde allí el Pacífico hasta las Molucas.

Toda esta fase de la actividad cortesiana es un largo capítulo de penalidades y sufrimientos, salpicado aquí y allá de crímenes y horrores, y que al final no arroja un saldo favorable como recompensa merecida,

Esta es la fachada generalmente oculta de todas las grandes empresas y realizaciones humanas. Por cada éxito alcanzado, por cada triunfador aclamado, ¿cuántas frustraciones no se han producido, cuántos espíritus generosos no habrán hallado el fracaso, no habrán incluso dejado la vida en el empeño?

Aquí está el mismo Cortés, que había sentido antes la suerte coronando y premiando su audacia, y que ahora apenas logra adelantar un paso tras un derroche de previsión, de organización y de denuedo, contra todas las resistencias de los hombres y de los elementos.

Las dos primeras expediciones de esta serie parecen responder al cumplimiento de la capitulación de 1529. Cortés reconstruye los barcos abandonados y semidestruidos en Tehuantepec, fabrica otros, hace abrir el camino de México a Acapulco y lanza desde aquí su primera sonda hacia el Poniente.

---

<sup>12</sup> Relación dada por Cortés al licenciado Núñez sobre cosas de la Nueva España, servicios y daños y agravios recibidos. *Cartas y documentos*, pág. 422.

A Diego Hurtado de Mendoza le encarga seguir la costa a distancia de 8 ó 10 leguas, mirando mar adentro «por si alguna tierra viéredes». Luego de pasar Sihuatanejo, en Colima, rebasaría las costas a las que llegó Nuño de Guzmán y continuaría 100 ó 150 leguas más adelante, entrando en puertos y ríos y tomando posesión del país.

Hurtado encontró unas pequeñas islas, las Tres Marías. Luego, uno de sus barcos cayó en poder de Nuño de Guzmán, en el valle de Banderas. El mismo Hurtado desaparece con el otro: tal vez asesinado por los indios en las costas de Sinaloa <sup>13</sup>.

Cortés se traslada a Tehuantepec para despachar la segunda expedición. Tiene allí más de treinta oficiales españoles atareados en la construcción naval, a los que paga crecidos sueldos, «que hay hombres de ellos que doy 400 pesos de oro de minas por año», pero así consigue dos navíos de 90 y 70 toneles, «los más recios y de mejor clavazón y madera que pudieran salir de Castilla». También cuenta con «un par de pilotos, que uno de ellos no se puede mejorar en el mundo, y la mejor gente de mar que puede haber en Levante». Estaba, además, terminando otros dos navíos grandes, y otros dos más pequeños <sup>14</sup>.

La segunda expedición tuvo aún peor fin que la primera. La «Concepción» y el «San Lázaro» se separaron a poco de su partida. Hernando de Grijalva, con el «San Lázaro», descubriría una isla, quizá del archipiélago luego llamado de Revillagigedo, y retornaría sin otra novedad. Pero mientras, en la «Concepción», el piloto Fortún Jiménez y otros vizcaínos asesinan al capitán Diego Becerra y abandonan a otros oficiales y dos franciscanos en la costa de Jalisco, para luego alcanzar, hacia Poniente, la costa californiana. Allí fue Jiménez muerto por los indios y los supervivientes regresaron a Jalisco informando que la tierra descubierta era rica en perlas.

---

<sup>13</sup> Instrucción de Cortés a Diego Hurtado de Mendoza, *ibidem*, págs. 385-389. Sobre éste y los restantes viajes al Pacífico, vid. Portillo y Díez de Sollano, *Alvaro del: Descubrimientos y exploraciones en las costas de California, 1532-1650*. 2.<sup>o</sup> ed., Madrid, Rialp, 1982; Wagner, Henry R.: *Spanish Voyages to the Northwest Coast of America in the Sixteenth Century*. 2.<sup>o</sup> ed., Amsterdam, N. Israel, 1966.

<sup>14</sup> Cortés a Francisco Núñez, Puerto de Santiago en la Mar del Sur, 20 junio 1533. *Cartas y documentos*, págs. 514-523.



Aparentemente, con el despacho de esas dos expediciones había Cortés agotado sus posibilidades. Escribe al Consejo de Indias en 1535 que había quedado muy gastado y aun cansado, y había decidido convertirse en mercader despachando caballos y otras cosas a vender en el Perú. Así podría pagar sus deudas.

Pero entonces llega la noticia de la tragedia de Becerra y la de la conducta de Nuño de Guzmán, que retiene el navío «Concepción» e intercepta los caminos para que no se sepa la nueva: se ha descubierto una «isla» rica en perlas.

Entonces, dice Cortés, «acordé dejar el camino de la mercadería y dar prisa a unos navíos que tenía en astilleros y alzar mis faldas e ir a ver esta tierra»<sup>15</sup>. Hace saber su marcha y acude gente voluntaria a ponerse a sus órdenes. Así llega a tener un tropa de 150 caballos. Disponía de cinco navíos, que irían en dos grupos, sucesivamente, y algunos harían dos viajes, para conducir todos los hombres y pertrechos. Cortés iría con las tres primeras embarcaciones, y para que los caballos llegasen a su destino más sanos y los barcos con más bastimentos, dispuso marchar por tierra para ir a embarcar a cien o ciento veinte leguas al oeste de Tehuantepec. Así caminó, en efecto, hasta Colima y Chiametla, donde embarcó para cruzar hasta California, en donde, en la B.<sup>a</sup> de la Santa Cruz (hoy de La Paz) tomó posesión el 3 de mayo de 1535.

Una nueva tierra había sido, por fin, hallada, y en ella Cortés volvía a ser gobernador y alguacil, y sobre el dozavo de ella tendría señorío y jurisdicción. Allí podía empezar su misión conquistadora y colonizadora. Pero en verdad aquella tierra —isla o península— empezaba a jugar desde su aparición en la historia el papel de espejismo que California desempeñaría durante cuatro siglos: supuesto depósito de fabulosos tesoros, decepcionante desierto sólo habitado por pobres indígenas.

A los pocos meses de residir allí, la subsistencia de la colonia es precaria y el mismo Cortés arriesga su vida para llevar socorros

---

<sup>15</sup> Cortés al Consejo de Indias, Puerto de Calagua de la Mar del Sur, 8 febrero 1535. *Ibidem*, págs. 524-527.

desde el continente. Y luego recibe en Santa Cruz súplicas de **su** mujer y tal vez órdenes del virrey Mendoza para que vuelva a México. A finales de 1535 o principios de 1536 estaba de regreso en Acapulco, y los restantes colonos lo siguieron poco después. La tercera expedición, como las anteriores, concluía en un nuevo fracaso <sup>16</sup>.

Ahora ha de volver el marqués a su anterior propósito: hacer negocios enviando mercancías al Perú, lo que se verá facilitado al llegar a México las peticiones de socorros de Francisco Pizarro, sitiado por los indios sublevados en Lima. Pero, como sospechó el profesor Borah, posiblemente Cortés veía en la navegación al Perú una ocasión para ampliar subrepticamente el ámbito de sus exploraciones en el Pacífico, hasta las regiones ecuatoriales y más al Sur.

Hernando de Grijalva, despachado a toda prisa con dos naves, estableció por primera vez el contacto por mar entre Acapulco y Piura, en el Perú. Allí dejó o vendió las mercancías de Cortés, y entregó los hombres, armas y regalos que llevaba para Pizarro, que ya había dominado la situación. Luego, en abril de 1537, los dos navíos zarparon del puerto de Paita poniendo rumbo al Oeste y Suroeste.

Uno de ellos regresó rápidamente y sin problemas a Acapulco, avistando al paso una isla, tal vez una de las Galápagos. Pronto Cortés envió un nuevo barco al Perú, por la misma ruta, tratando sin éxito de hallar más tierras.

Pero mientras el otro navío de la expedición de Grijalva, con el mismo Grijalva a su mando, había hecho la travesía del Pacífico desde Paita. Probablemente tenía instrucciones de volver a Acapulco dando un amplio rodeo exploratorio por el Pacífico oriental y central. Pero en cierto momento la tripulación se sublevó, dando muerte a

---

<sup>16</sup> La narración de estas expediciones por Gómara en su *Historia de la conquista de México*, ocupa los capítulos CXCVII a CXCIX, siendo el más interesante el relativo a la estancia de Cortés en California, que es el CXCVIII. La versión de Díaz del Castillo en su *Historia verdadera*, cap. CC, es bastante confusa. Vid. también Mathes, W. Michael: *The Conquistador in California*. Los Angeles, Dawson's Book Shop, 1973; Holmes, Maurice G.: *From New Spain by Sea to the Californias, 1519-1668*. Glendale, Cal., The Arthur H. Clark Co., 1963. Una versión incompleta debida al propio Cortés se encuentra en su carta a Cristóbal de Oñate, Bahía de la Santa Cruz, 24 mayo 1535, en *Cartas y documentos*, págs. 527-528.

Grijalva, para continuar más al Oeste y llegar al fabuloso Maluco — zona prohibida para la navegación española desde que Carlos V había vendido a Portugal sus posibles derechos a la Especiería. Este navío llegó, en efecto, a las Molucas, donde sus tripulantes fueron apresados por los nativos y más tarde rescatados por los portugueses <sup>17</sup>.

Para Cortés, que tardó años en saber el final de esta aventura, aquello fue un fracaso más, que lo inducía a continuar en la práctica mercantil, enviando cargamentos de trigo, bizcocho, carne de puerco, azúcar, tocino y quesos a Panamá —aunque estas operaciones resultaran fallidas— y construyendo nuevos barcos: en 1537 tenía seis navegando; en 1538, nueve muy buenos, aunque le faltaban pilotos. Al mismo tiempo decía estar pobre y endeudado: para residir en México un mes tenía que ayunar un año. Por eso residía en Cuernavaca.

No obstante, todavía enviaría Cortés una cuarta y última expedición hacia el Noroeste, espoleado en esta ocasión por la renovada creencia en la existencia de un rico país al norte de México, el de las Siete Ciudades de que había dado vagas referencias Alvar Núñez Cabeza de Vaca en 1536 y al que luego se había dirigido Fr. Marcos de Niza, tenido por Cortés por mentiroso. El marqués asegura que lo que el fraile decía no era sino lo que él le había contado de lo que había sabido por los indios de la **B.**<sup>a</sup> de Santa Cruz.

Pero, en fin, podía haber realmente algo valioso en el Norte. Por algo el virrey trataba de asegurarse su exploración y se disponía la entrada de Francisco Vázquez de Coronado y prepararía una flotilla que le acompañase por mar.

Cortés, que tenía concedida la exploración y conquista al oeste de Nueva España, no podía permanecer pasivo, así que aprestó tres embarcaciones —la «Santa Agueda», la «Trinidad» y el «Santo Tomás», y poniendo al frente de la expedición a Francisco de Ulloa la despachó desde Acapulco el 8 de julio de 1539,

---

<sup>17</sup> Borah, Woodrow : *Hernán Cortés y sus intereses marítimos en el Pacífico, El Perú y la Baja California*. "Estudios de historia novohispana", IV (1971), págs. 7-25.

Ulloa se convierte aquí en el verdadero descubridor del Golfo y de la península de California —nombre tal vez burlesco dado por los fracasados colonos de la anterior tentativa de Cortés. Ulloa navegó hasta la **B.<sup>a</sup>** de Santa Cruz y desde aquí volvió a cruzar al Este, a la costa continental, de la que empezó a tomar posesión conforme la seguía con sólo dos naves, hasta el fondo del golfo, y retorna hacia el Sur por la costa occidental, convencido de la peninsularidad de la tierra de Santa Cruz. El 18 de octubre, hallándose en el antiguo asentamiento cortesiano, había concluido esta parte fundamental de su expedición que le había hecho conocer la costa sonoreña, hallar el que llamó Puerto de los Puertos (Guaymas) y dar noticia de la desembocadura del río Colorado.

Luego, Ulloa contornea el C. San Lucas y remonta la costa exterior de la península hasta la **B.<sup>a</sup>** de la Magdalena, la isla Cedros y el C. Desengaño, y tal vez más al Norte, hasta el grado 33. Esta es la expedición que Ramusio consideró importante recoger en el volumen III de sus *Navigazioni et Viaggi*, y constituye la última contribución de Cortés a la empresa india, haciéndole merecedor de que el golfo sea llamado Mar de Cortés, aunque también Mar Bermejo por el color de sus aguas <sup>18</sup>.

Por lo demás, ningún provecho obtuvo el marqués de esta cuarta expedición, y sí el conocimiento de que el virrey estaba decidido a utilizar todos los medios para impedirle proseguir en aquella empresa. En 1539, cuando aún no había regresado Ulloa, Cortés decía tener otros cinco navíos a punto para ir en su seguimiento, para ayudarle a pacificar y poblar las tierras descubiertas, y pensaba darle el mando de ellos a su hijo don Luis Cortés, y todavía preparaba otras cuatro embarcaciones.

Pero era cierto que Mendoza no se lo permitía; antes bien, dice Cortés: «Envió al corregidor de Guamelula, Rodrigo de Villafañe, a

---

<sup>18</sup> Ramusio, Gian Battista: *Navigazioni et Viaggi*. Venecia, 1563-1606, 3 vols. (Reimp. Amsterdam, Theatrum Orbis Terrarum Ltd., 1967), vol. II, págs. 283v-295v. El texto de Ramusio fue luego recogido en los *Hakluyt's Voyages*; vol. III, págs. 297-424. Una primera reconstrucción del viaje de Ulloa en Bancroft, Hubert Howe: *History of the North Mexican States and Texas*, vol. I, 1531-1800 (San Francisco, The History Company, 1886), págs. 78-81.

mi villa de Tehuantepec y tomó los navíos, velas, jarcias, gobernalles y aparejos; y envió a Francisco Vázquez de Coronado tierra adentro en demanda de la tierra por mí descubierta...»

«Vuestra Alteza es obligado... yo he cumplido» <sup>19</sup>.

Con estas palabras realmente el marqués se despide de su sueño oriental, de las rutas y las tierras del Poniente, de los nuevos señoríos que había ambicionado conquistar.

No hay, en las acciones humanas, una correlación entre propósitos y resultados, entre medios y fines.

Si la hubiera, los veinte años que Cortés —uno de los hombres más poderosos de su tiempo— dedicó a la empresa del Mar del Sur tendrían que haberlo hecho dueño de dos o tres Méxicos más.

Pero la siembra que Cortés hacía desde 1522 caía en mal terreno. Cuando él y sus compañeros vuelcan trabajo y sufrimiento en cada empresa, el mar sólo les devuelve decepciones, fracasos, tragedias. Cortés parece ciego, deslumbrado por la inmensidad del mar que descubre desde Tehuantepec a California. Siente como aventurero el desafío de saber qué habrá más allá del horizonte. Y el mar se traga una tras otras sus armadas y sus naves, diezma a sus compañeros, aniquila los recursos... y entrega, como por burla, de vez en cuando, una isla desierta, una playa estéril. Cortés estaba llamando sin descanso a la puerta equivocada, mientras su pariente Pizarro se había apoderado del Tahuantinsuyo. Y lo que es peor, su misma ambición y su anterior éxito le creaban enemigos, y hasta le hacían sospechoso de infidelidad al rey.

Su esforzado compañero Bernal Díaz del Castillo dijo de él: «Si miramos en ello, en cosa ninguna tuvo ventura después que ganamos la Nueva España» <sup>20</sup>. Y Carlos Pereyra escribió, para mostrar la

<sup>19</sup> Cortés al emperador y al Consejo de Indias, 10 febrero 1537 y 20 septiembre 1538, en *Cartas y documentos*, págs. 529-535. Memoriales al emperador, ibidem, páginas 403-411.

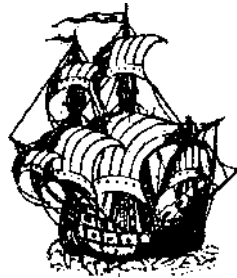
<sup>20</sup> Vid. Díaz del Castillo, cap. CC, donde dice que Cortés aseguraba haber gastado en aquellas armadas sobre 300.000 pesos de oro.

LUIS NAVARRO GARCIA

paradoja: «De 1519 a 1521, cada acto de la vida de Cortés fue un avance gigantesco. Aun los errores aureolaban su nombre. De 1524 a 1529 —y después, podemos decir— se mostró infinitamente más esforzado que en su epopeya, y cada paso que daba lo hundía más. Real y metafóricamente, caminó por tremedales»<sup>21</sup>.

Al fin, viejo y gastado, volvió a España, penúltimo Quijote, para romper su espada en Argel al lado del único hombre, quizás, que en idealismo y visión política, pudo equipararsele: el emperador Carlos V.

**LUIS NAVARRO GARCIA**  
**Universidad de Sevilla**



---

<sup>21</sup> Pereyra, Carlos: *Hernán Cortés* (México, Porrúa, 1971), pág. 157.